



# La Lectura Popular

AÑO XVI

Orihuela, 15 de Febrero de 1908

Num. 118

## La cosecha del diablo

Máscaras,  
Más caro el pan;  
Más caro  
lo mascarán.

Ya estamos en carnaval; la época en que el diablo recoge la cosecha.

¡Oh! que alegremente se la lleva á los infiernos.



Miradle agitando el cebo de los placeres como las máscaras de escoba agitan el higo y la pescadilla:

¡Al higuí!; ¡al higuí!  
Con la mano nó,  
Con la boca sí.

Lo cual quiere decir que los platos de ese cocinero se huelen y se gustan pero no se comen.

Son como el bromeo de la pesca.

O como aquella manzana del paraíso con que el diablo escitaba el apetito de nuestra madre Eva.

Que no bien le hincó el diente é hizo que se lo hincara el Adán de su marido nos dejó á ella y á todos en ayunas y con la boca amarga para mientras el mundo sea mundo.

El bromazo no pudo ser más pesado; y sin embargo mirad como aun hay Adanes que se dejen embromar de nuevo y sigan tras el cebo del diablo hasta caer en la trampa á que les atrae.

¿Y á dónde guía esa trampa?



Esperad algunos años y lo vereis.

Todos esos que hoy bailan y beben y juegan poniéndose por montera los mandamientos de la ley de Dios, á la vuelta de algun tiempo, les vereis, al uno montado en dos muletas; al otro tosiendo y con cara de muerto á medio podrir; al otro entrampado hasta los ojos, y quizás alguno dándose golpes de pecho en el rícon de una iglesia y exclamando ¡burro de mí!

Y gracias que por el camino de las muletas, la tisis ó la ruina den con la puerta del arrepentimiento y escapen de la ratonera, porque si no escapan y siguen bajando.... ¡zas! á la sarten.



Y aquí te quiero escopeta.  
Esta sí que es broma pesada.

Broma que no acabará nunca pues pasarán los cielos y la tierra pero las palabras de Dios no pasarán.

Ni los lujuriosos, ni los borrachos, ni los granujas, ni los afeminados entrarán en el reino de los cielos.

Allí no entra nada manchado. Lo ha dicho la Verdad Eterna que ni se engaña ni puede engañarnos.

ADOLFO CLAVARANA

## OTRA BROMA

Un amigo que oculta su nombre ha tenido la humorada de enviarnos una hoja de *La Conciencia Libre* periodico anticlerical que sale todas las semanas por Valencia á predicar el ateísmo.

La directora del papel es una D.<sup>a</sup> Belen Segarra dedicada á la *nobilísima* tarea de predicar al pueblo que no hay Dios; que el cielo y el infierno no existen; que la religión es una mentira; que la creencia en la divinidad no sirve para moralizar á los pueblos y que estos son más honrados á medida que son más descreídos.

¡Caramba con D.<sup>a</sup> Belen y qué cosas ha descubierto!

Dicen que Voltáire, comiendo un día con sus compinches oyó á uno que le dijo «Maestro, he descubierto una prueba completa de que no hay infierno.»

—Pues hijo, dichoso tu, le dijo el viejo zorro, ya has averiguado en un día lo que en ochenta años no pude descubrir yo.

Lo mismo decimos nosotros á D.<sup>a</sup> Belen «Ya, ha averiguado usted en una hora lo que en sesenta siglos no habian podido descubrir sus amigos de usted.»

«Usted sin duda siente las yerbas nacer.»

«Pues lleve usted cuidado no se las coma.»

Quiero decir; lleve usted cuidado no caiga de bruces como Nabucodonosor al peso de sus errores.

Una vez publiqué yo una lista de testigos del infierno y en ella inserté la serie de filósofos impíos que á última hora ha-

bian caído de su asno. ¡Que larga era la lista D.<sup>a</sup> Belen! Allí estaba Du Marsais el que ayudaba á Voltáire á descristianizar el mundo, allí estaba Deslandes, el que escribía así como usted escribe, una porción de tonterías y á última hora las quemó todas; allí estaba Diderot, el colaborador de la Enciclopedia que era bastante más listo que usted y en cuanto vió venir la pelada se empeñó en confesarse; (que es lo que usted debe hacer antes que venga.)

Allí estaban L'aharpe y Marmontel cuyas conversiones fueron célebres: allí estaban La Metrie, Boulanger, Du Prades, Buffon, Larcher, Bouger, Montesquiéu, Galiano, Touissant, Malesherbes, Soulavie, Langles, Mercier, Carlos Palisot, y otros que no cito por no cansar á usted. Todos estos eran filósofastros de alto contorno; no pelagatos de á perro chico. Todos decían. «No hay Dios, no hay cielo, no hay infierno, la religión es mentira;» y á última hora tendiendo los brazos á la Religión, huyeron horroizados del infierno buscando el cielo.

Pero vamos, D.<sup>a</sup> Belen, á mí me ocurre una idea. Sobre esta materia se ha despostrado mucho y cada cual ha metido la cuchara en la olla de sus necesidades para sacar la tajada más de su gusto.

Planteemos la cuestión en otro terreno y contésteme usted á dos preguntas.

Primera.

¿Qué clase de gente son los que dicen que no hay Dios y se burlan del infierno? Se unda.

¿Qué clase de gente son los que de veras creen que lo hay?

Porque usted ha dicho en su papel que la religión no mejora los pueblos y eso es una castaña que yo no le dejo á usted pasar.

Al contrario, con esa castaña voy á reventarle á usted los sabañones de la mano derecha con que escribe usted esas tonterías.

Si la religión no mejora los pueblos, los que creen en ella serán los peores, y los que no creen los mejores.

Pues vamos ahora á mis preguntas.

¿Qué clase de gente son los que se burlan de Dios y de sus premios y castigos?

Por el contrario; ¿qué clase de personas son las timoratas?

Los primeros, ya lo sabe usted D.<sup>a</sup> Belen, son lo peorcito de cada casa. Y si no sabe usted la lista de sus amigos: apuesto algo á que la mitad están en presidio ó llamando á la puerta.

Y usted perdone la manera de señalar pues no quiero ofender á usted ni á nadie Solo digo que por rarísima excepción se

encuentra un impio que cumpla honradamente la ley natural.

Un materialista incrédulo á todas luces, y honrado á toda prueba es un ejemplar imaginario.

En cambio los ateos que viven como bestias pueden presentarse á miles.

¿Y los otros que temen á Dios, cómo son y como viven?

No venga usted diciendo que hay católicos malos que viven divorciados de su fé porque con el mero hecho de vivir divorciados de su fé ya no sirven de ejemplo.

Aquí hemos de citar solo á los verdaderos cristianos á los verdaderos creyentes.

Pues esos verdaderos creyentes que tienen fé en Dios y en sus dogmas revelados son.... demasiado lo sabe usted, no solo lo mejor de cada casa, sino lo mejor del mundo, lo único bueno que hay en la tierra, lo que ha salvado en todos tiempos la sociedad y la sostiene para que no se convierta en un río de cieno.

Cuando usted D.<sup>a</sup> Belen me haga una lista de sus descreídos y entre ellos vea unos que como S. Francisco de Asís se despojan de todo, para darlo á los pobres; otros que como S. Vicente de Paul se consagran á cuidar á los débiles; otros que como S. José de Calasanz sacrifican su existencia á la educación de los niños ó que como S. Francisco Javier se expatrian voluntariamente para morir sin gloria en una isla desierta por civilizar infelices salvajes. Cuando usted me presente Santos de la incredulidad, como yo le presento Santos de la fé entonces hablaremos.

Pero entretanto permítame usted que le diga que con su *Conciencia libre* está usted engañando al pueblo; que no es verdad que la incredulidad mejore las naciones sino todo lo contrario; pues como ha dicho Ciceron más fácil es sostener un pueblo en el aire que sostenerlo en el ateísmo.

Pero no tiene usted la culpa D.<sup>a</sup> Belen si no los que le consienten que diga esos disparates debiendo impedirselo y pudiendo, pues para ello tienen leyes de sobra.

Por eso, más de una vez, hablando con su gobernador de usted que es paisano mio, y con el actual Ministro de la Gobernación que también nació en mi tierra les he dicho que más fácil es tocar el cielo con las manos que ser liberal y gobernar como Dios manda.

Razon por la cual no soy liberal ni quiero serlo aunque no gobierne en mi vida.

ADOLFO CLAVARANA

## Oiga usted D.<sup>a</sup> Belen Lo que cuenta S. Efrén

San Efrén, que fué una de las glorias más puras de la Iglesia de Oriente en el siglo IV, solía en estos términos contar las gracias que desde su adolescencia habia recibido de Dios por medio del ángel de su guarda, lo cual prueba muchas cosas que á Doña Belen le conviene saber.

Habla el Santo; (y los santos no mienten).

I

«No eran oriundos de esta comarca ni mi padre ni mi madre. Privados de la herencia de sus antepasados, se vieron en la precisión de venir acá en calidad de pobres labradores para ganar el sustento con el trabajo de sus manos; y así y todo no les faltaron ocasiones en las que debieron acudir á las limosnas de los fieles. Ricos de cristiana piedad, habian confesado su fé delante de los perseguidores, siguiendo las huellas de otros mártires que contábamos en nuestra familia. Yo, empero, á pesar de haber sido bautizado apenas nacido, y educado cristianamente por mi padre y por mi madre, y estimulado á la virtud con los ejemplos de virtuosos compañeros, entré á mis anchas por el camino del mal. Niño aún, ya me manifestaba amigo de riñas, envidioso y malo. No usaba sino frases insultantes y palabras despreciativas con los extrajeros, con los pobres y hasta con mis vecinos y amigos. Por nada me encendia en cólera; por el pretexto más fútil acudía á las injurias y no pocas veces á las manos. Y adelantándose en mí la edad de las pasiones; manchaba mi alma con pensamientos impuros. Para acabar de perderme se esforzó entonces el demonio á persuadirme que no habia providencia, y que sólo á la casualidad se debian todas las evoluciones del mundo. Me habia ya casi seducido esta idea tan irracional, cuando Dios tuvo piedad de mí y mandó en mi socorro uno de sus benditos ángeles.

II

Un día, pues, que mis padres me habian enviado al campo, divisé á la vera del camino una ternera abandonada: Me faltó tiempo para coger una piedra y lanzarla sobre el animal. Huyó la ternera al bosque vecino, y yo la seguí persiguiendo hasta la noche, acosándola á pedradas y no dejándole momento de reposo hasta que la dejé sin vida. Pertenece esta ternera á un pobre aldeano, quien habiendo topado conmigo al volverme hácia mi casa, me preguntó: «Dime, pequeño, ¿has visto á caso una ternera extraviada?» No me contenté con negar que la hubiese visto, sino que cargué de improprios al infeliz. Pasó un mes, y otra vez me enviaron mis padres al campo. Muy entrada ya la tarde y todavía lejos del pueblo, me determiné á volver, y la noche se me vino encima. Al pasar junto á un pastor que conducía su rebaño de ovejas, díjome éste: «¿A dónde vas á estas horas, hijo mio?» «Voy»

le contesté—donde me lleven los piés.» «Créeme, niño—añadió el pastor—lo mejor es que vuelvas conmigo y te recojas con nosotros hasta mañana, porque la noche está ya muy oscura.» Accedí a la invitación del pastor, y me acosté en su cabaña. Era ya la media noche, cuando unos lobos se abalanzaron sobre el rebaño cobijado alrededor de la choza, y lo dispersaron en todas direcciones. Hízose cargo de la desgracia el dueño del ganado, corrió á nosotros, y no queriendo creer que los lobos fuesen los que habían dispersado sus ovejas, me acusó de haber yo servido de introductor y cómplice á algunos ladrones que habían robado su grey. Protesté con juramento que era inocente, pero no se me creyó; atado de piés y manos fui conducido al juez y éste me encerró en una cárcel.

### III

Allí, en aquel calabozo; me encontré con otros dos presos. Soñaba yo la noche siguiente, y me parecía ver de pié y junto á mí y con un rostro lleno de majestad un apuesto jóven que al principio me infundió algún miedo. Era el ángel de Dios. Con voz apacible y dulce, «Efrén—me dijo—¿qué haces en este calabozo?» Comencé á temblar, y no pude articular palabra. Nada temas—exclamó el jóven—cuéntame tu desgracia.» Dióme aliento lo afectuoso del tono de su voz, prorrumpí en dulces lágrimas, y le respondí: «¡Ay, Señor! sorprendióme la noche en un camino, me colijé en la cabaña de un pastor, vinieron unos lobos y dispersaron el rebaño, y luego fui acusado de haber introducido ladrones en la majada que robaron las ovejas. Esto es, Señor, una pura calumnia, yo soy inocente.» Sonrióse el ángel, y me dijo: «Ya yo sé, caro Efrén, que eres inocente de este crimen, pero también sé que hace pocos días perseguiste á pedradas en un bosque una vaquilla de un pobre aldeano, y que la mataste; reconoce, pues, en tu desgracia presente la mano justiciera de Dios. Los dos presos que duermen junto á ti son asimismo inocentes de los crímenes de que se les acusa; pero pregúntales mañana y te convencerás de que no sin causa se ven castigados, y así verás una vez más que hay en el cielo un Dios justo.»

Llegada la mañana pregunté á mis compañeros de prisión: «Hermanos, ¿por qué estais encarcelados?» «Me acusan de homicidio—confesó uno—pero soy inocente.» «Se me acusa de un horrible atentado—prorrumpió el otro—pero yo no lo he cometido.» Entonces yo: «¿No seréis acaso culpables—les pregunté—de algún grave pecado que quizás ha querido castigar la providencia de Dios trayendoos acá?» «En verdad—respondió el primero—pocos días antes de ser injustamente acusado, pasaba junto á un río y vi un desgraciado ahogándose que en su angustia me tendía la mano é imploraba á grandes voces le socorriese; pero yo tuve la crueldad de dejarle perecer.» «Y yo—añadió el segundo—hará cosa de dos años que me hice cómplice de dos hermanos criminales;

los cuales pretendían excluir de la herencia paterna á una hermana suya pobre y viuda, y con falso testimonio denuncié ante el juez haberla sorprendido en un crimen que la hacía incapaz de heredar.»

Contéles también yo mi historia, y todos reconocimos juntamente que una Providencia justísima ordena todas las cosas.

### IV

Dos días después hubo sesión en el tribunal. Hizo el juez conducir junto á sí todos los instrumentos de tortura, y mandó se procediese á nuestro interrogatorio.

Se aplicó desde luego el tormento, hechas las preguntas ordinarias, al prisionero acusado de homicida, y como en los suplicios persistiese en confesarse inocente, se le puso en libertad. Llegó su vez al segundo. Según se le aplicaba la tortura y variaban los tormentos, sentía yo que se apoderaba de mí un espantoso terror al solo pensamiento de que dentro de algunos momentos me había yo de ver como á él le veía; temblaba de piés á cabeza, y los espectadores y verdugos se reían de mí y me decían: «Ea, muchacho, ¿por qué lloras? ¿á qué viene ese temblor? ¡Con que no tuviste miedo para cometer el crimen y ahora le tienes! Entonces debias haber temblado que no ahora. ahora el miedo no te servirá de nada. Pronto te llega el turno.» Pero cuando el segundo acusado fué como el primero reconocido inocente, el juez difirió para otro día mi interrogatorio, y ordenó fuese de nuevo conducido al calabozo. Allí estuve solo cuarenta largos días, y luego otros treinta acompañado de tres nuevos apresados.

En la noche siguiente de su venida á mi calabozo, volviómeme á aparecer el ángel que en otra ocasión se me había aparecido, y me dijo: «Vaya, Efrén, ¿preguntaste á tus antiguos compañeros de prisión como te dejé encargado?» «Sí, señor—le respondí—contándole enseguida todo lo que me dijeron.» «Reconoce, pues—contiuó el ángel—que hay en todos los sucesos misteriosos de este mundo un justo juicio de Dios. Y para que acabes de persuadirte de esta verdad, entiende que de estos tres nuevos encarcelados, dos son los hermanos de la viuda despojada inicuaamente de su legítima, y el tercero es el criminal algún tiempo desconocido que arrojó en el río al hombre que en él se ahogó.» Dijo y desapareció. Llegada la mañana escuché de los mismos labios de los presos la verdad de los hechos que me había revelado el ángel. Contéles enseguida cómo Dios había dado su castigo á los dos hombres que habían sido cómplices en su maldad, y llenos de admiración y temor, llorando todos, adoramos unidos la justicia de Dios.

### V

A la mañana siguiente fuimos conducidos ante el juez para que se nos aplicase la tortura. El pueblo entero acudió á este espectáculo. Los dos hermanos fueron torturados los primeros. Pasadas algunas horas en

el suplicio, confesaron de plano su crimen, y el juez les condenó á ser colgados, después de cortarles una de las manos. Llegó el tercer criminal, confesó su homicidio, y fué condenado á que le cortasen ambas manos, y después le quitasen la vida en un patíbulo.

En tanto que se sustanciaba la causa de mis compañeros, reíase la muchedumbre al ver mi espanto y el temblor de todos mis miembros. «Te escapaste la otra vez—me decían—lo que es de esta no te escapas.» En efecto, mandó el juez que me adelantase al medio y que me despojase de los harapos de que estaba vestido; yo, llorando amargamente, invocaba al Señor y le decía desde lo más íntimo del alma: «Sálvame, Señor, sálvame, Dios poderoso; yo prometo hacerme monje y servirte en adelaete con toda fidelidad.» «Atadle—dijo el juez—y azotadle con nervios de bueyes.» Apenas habló estas palabras, se le acercó su asesor y le indicó: «Dejemos esta cuestión para mañana si os parece, porque es la hora de comer.» Y el juez mandó que me desatasen y encerrasen de nuevo en la prisión.

Visitóme la siguiente noche el ángel, y me dijo: «¿Qué piensas. Efrén? ¿Gobierna ó no Dios el mundo?» «Sí—le respondí—lo gobierna, y sus obras son admirables.» Y derramando lágrimas proseguí: «¡Oh consolador caritativo! acabad vuestra obra de misericordia, sacadme, os pido por Dios, de esta cárcel, para que pueda servir en adelante toda mi vida á Jesucristo en el estado monástico.» Sonrióse el ángel, y me respondió: «Todavía serás otra vez llevado al tribunal, pero te dejarán libre.» Y yo le repuse: «Señor, que las amenazas del juez me espantan, yo tiemblo espantosamente ante las horribles torturas.» Sin deponer el ángel su gracioso rostro: «Te hubiera hecho falta—exclamó—ser prudente, y así no habrias venido á este lugar; pero una vez aquí ¿qué puedo yo hacer para librarte? Ten, sin embargo, confianza; no serás atormentado, otro juez reemplazará al que tú temes y te declarará absuelto.» Y dicho esto desapareció.

Muy inquieto estaba yo á pesar de estas promesas, ni me atrevía á esperar un término tan feliz de mis penas, cuando llegó á mis oídos cinco días más tarde que al juez le habían dado por sucesor en su oficio á un señor amigo de mis padres. El séptimo día preguntó al intendente de las prisiones si había todavía alguna causa criminal que despachar. «No hay más en las cárceles—le respondió el intendente—que un jóven acusado de complicidad en el robo de un rebaño.» Me mandó el juez presentarme ante él. Verme y reconocerme todo fué uno. Hecho el interrogatorio y terminada la sumaria, me declaró inocente y me puso en libertad. Sin demora, por la vía más corta, tomé el camino de la montaña donde vivía un santo anciano gran patriarca de monjes y solitarios. Arrojáme á sus piés, le conté estas maravillosas aventuras, y le supliqué ardiente-

mente que me se recibiese en el número de sus discípulos.

«Hermanos míos, glorificad conmigo la misericordia de Dios, y alcanzadme con vuestras plegarias el perdón de mis pecados; no hablo de los pecados de mi niñez, que esos ya sé que Dios me los ha perdonado, si no de los pecados que cometo todos los días. Amigos míos, tengo gran necesidad de vuestra caridad para conmigo.»

Así hablaba San Efrén, oráculo más tarde y apóstol del Oriente.

¿Podía mentir un hombre tan sabio y tan santo que por su virtud mereció ser elevado á los altares?

Lo repugna la razón.

He aquí, pues, probada hasta la evidencia la acción de la providencia divina que rechazan los impíos precisamente porque la temen.

L. José María Cros, S. J.

De «El Mensajero del S. C. de Jesús»

## VARIEDADES

### Asquerosísimo

El carnaval sigue su curso como si España nadase en felicidad. En Madrid bailes á beneficio de los inundados; en Valencia bailes y juergas de caridad: en Santander subastando el teatro para que la gente se divierta; en Cadiz el ayuntamiento presu- puestando miles de duros para festejos car- navalescos y aquí allá y acullá, tirando el oro, la seriedad, y la vergüenza por la ventana para trastornar á los españoles los pocos sesos que les quedan.

Pero lo que no tiene desperdicio es la for- ma con que la hipócritisima *Correspon- dencia de España* describe la caridad de los madrileños que bailan en el Real para enjugar las lágrimas de los inundados valencianos.

Dice la Celestina.

«Las serpentinas de mil colores lanzadas de palco á palco han formado caprichosas guirnaldas; los confettis cubrían la alfombra, y entre las alegres notas de la orquesta y el murmullo de las voces de las mascaritas que embroman á los pollos y cotorrones de frac y corbata blanca, se forma ese agradable y regocijado zumbido, primer eco del Carnaval de buen tono que este año entra triunfal- mente en Madrid con buen pie, haciéndose perdonar sus locuras con una hermosa obra de caridad.»

¿Verdad que esto dá asco?

¡La Caridad esencia misma de Dios! con- vertida en capa de hipócritas que no tienen el valor de decir como los antiguos paganos «queremos gozar á lo puerco.»

Estos cristianos de medio pelo que se em- peñan en mojar en agua bendita todas sus concupiscencias, no tienen nombre.

Con sobradísima razón exclamaba hace al- gunos años un dignísimo prelado (el de San- tander) en una carta dirigida á una sociedad titulada *Amigos de los pobres*.

«Promover bailes para socorrer á los po- bres es desnaturalizar la hermosa virtud de la caridad y poner á los que bailan en inmi- nente peligró de ruina espiritual. Los bailes,

y más si son de máscaras, atendiendo al conjunto de circunstancias que de ordinario los acompañan, me parecen un grave escollo en que naufragan la inocencia y el pudor, porque mientras no deje de ser verdad que la carne codicia contra el espíritu, verdad será también que si en alguna parte la carne ha de hacer de las suyas, es, sin duda alguna, en los espectáculos preparados para halagarla; y entre todos los espectáculos ninguno como los bailes... «No comprendo como los bailes puedan ser medio adecuado para el ejercicio de la caridad.... San Pablo, que la describe admirablemente, no nos dice que la caridad es divertida, ni baila; sino que sufre con paciencia y, renunciando á sus gustos, busca lo que á Dios agrada.»

¡Que lección más hermosa! Apréndanla de memoria los danzantes que se empeñan llamar caridad á sus groseras sensualidades.

### CARIDAD DANZANTE

En un baile dado en 1887 en la Casa de la Ciudad de París, que costó al erario municipal 500.000 francos, se bebieron desde las doce de la noche hasta las cinco de la mañana 42.000 litros de bebidas alcohólicas y se repartieron 80.000 cigarros habanos.

De los seis mil invitados á la fiesta se cal- cula que una tercera parte pertenecía al sec- so débil; pero aún incluyendo á las señoras, resulta que corresponden por persona siete litros de licores y veinte cigarros.

La mayor parte de los ediles eran radica- les y socialistas.

### VERDAD

La diversión, el interés, la distinción, los ascensos, las riquezas, ocupan en el mun- do el lugar del último fin. De aquí nace que el que se sobrepone á todos los concu- rrentes, el que brilla con más esplendor, el que hace mayor fortuna, ese es tenido en el mundo por más sabio y por más prudente.

### EN LA TUMBA DE UN SOLDADO

(Siglo XVI)

Lleno el pecho de fé ardiente  
marché intrépido á la guerra,  
conquistamos mucha tierra  
y morí como valiente.....

pero me cabe la gloria  
de que mi patria es temida  
y si yo perdí la vida  
es honrrada mi memoria.

(Siglo XIX)

Por la patria fui á la guerra,  
con esta intencion luché  
y mi sangre derramé  
en lejana y fértil tierra.

Fui muerto; nunca rendido.....  
pero al cabo resumamos,  
mi patria y yo ¿qué ganamos?  
¡El poder para un partido!

Guillermo Gatanegra

## BIBLIOGRAFIA

LA VIRGEN CRISTIANA EN LA FAMI- LIA Y EN EL MUNDO.—Sus virtudes y su misión en nuestros días por D.<sup>a</sup> María Luisa Chaveut traducida en la 3.<sup>a</sup> edición francesa por el Rdo. doctor D. Francisco de P. Rivas y Ser- vet, Pbro. Segunda edición.

Destinada esta obra á formar cristianas prác- ticas en ese que no vacilamos en llamar estado de virginidad en el mundo, intermedio como di- ce la autora, entre el del matrimonio menos per- fecto y el religioso que lo aventaja por los votos, les enseña cuan fácilmente pueden llenar su mi- sión, particularmente en nuestros días, dejando tras sí una senda sembrada de buenas obras, verdaderas flores del alma que atraen las compla- cidias miradas de Dios y de sus ángeles y mere- cen el respeto y las bendiciones de los hombres. Es libro muy hermoso.

Su precio Ptas. 1.<sup>50</sup> en rama y 2 encuader- nado en piel de color y relieves.

BARCELONA.—Subirana hermanos, edito- res, calle de la Puerta Ferrisa, 14.

LA CRISTIADA.—Vida de Nuestro Señor.— Los Sres. Gonzales y compañía, editores de este monumental poema, han publicado la segunda lista de suscritores que lo reciben y por ella se vé que si esta casa editorial ha sido valiente al emprender obra tan gigantesca, el público verda- deramente docto ha sabido apreciar su sacrificio. Felicitamos á los Srs. Gonzales por el éxito de su trabajo y por la publicación del cuaderno 22 cuya oleografía es preciosísima y cuyas orlas no dejan nada que desear. Adelante en el servicio de Dios por el arte, por la poesía, por la tipografía y por todo.

### ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA

Rogamos á las personas que propagan nuestro periódico que no lo den solamente á leer á clases obreras, sino también á las ilustradas, pues pa- ra todos escribimos. Desgraciadamente las llama- das gentes de levita se hallan tan faltas de ins- trucción religiosa como las de chaqueta. (Y que nos dispensen nuestros tocayos de ropa.) Con ellos, pues, hay que ejercer la propaganda de las buenas ideas tanto como con el pueblo.

### LA LECTURA POPULAR

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, ope- rarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción. . . . . 4 pesetas mensuales.  
Media id. . . . . 2 " "  
Un cuarto id. . . . . 1 " "  
Un octavo id. . . . . 0'50 "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por ac- ción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, admi- nistrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.